

5. Evidencialidad y sus posibles bases culturales

Los fenómenos gramaticales no quedan al margen en lingüística cultural. El siguiente se dedica a una revisión cultural de un fenómeno gramatical (y semántico, naturalmente), muy estudiado en años recientes.

5.1. Conceptos fundamentales

La evidencialidad es una categoría con una historia relativamente breve pero bastante compleja. Inicialmente fue propuesta para cierto fenómeno morfológico de lenguas amerindias, especialmente de Norteamérica. El primero en hablar de ello fue Franz Boas en 1938, mientras que el término *evidentiality* se debe a Jakobson 1957 (ambos citados en Aikhenvald 2006). En 2004, la misma Aikhenvald publicó el manual estándar dedicado a la categoría, aunque ya en 2001 había aparecido un volumen colectivo con estudios sobre aspectos teóricos y de lenguas concretas (Aikhenvald y Dixon (eds.) 2001). La situación estaba clara, como vemos en Aikhenvald (2006, 320):

La evidencialidad es una categoría gramatical que tiene la fuente de la información como su significado primario: si el narrador vio efectivamente lo que se describe, o realizó inferencias basadas en algún tipo de prueba (*evidence*), o alguien se lo contó, etc. Las lenguas varían en el número de fuentes de información que deben marcarse. Muchas se limitan a marcar la información proporcionada por alguna otra persona; otras distinguen fuentes de información de primera mano o no. En raros casos, los datos obtenidos visualmente se contrastan con los obtenidos por haberlos adquirido mediante el oído o el olfato, y otros tipos de inferencia.

La evidencialidad en sentido estricto se interpreta como una forma de afirmar la existencia de una fuente de prueba o evidencia para cierta información;

lo que incluye afirmar que existe una prueba, al mismo tiempo que especifica de qué tipo de prueba se trata. Los sistemas de evidencialidad se diferencian por su grado de complejidad: algunos distinguen solo dos términos: testigo visual o no, o conocido por informe ajeno; o evidencialidad directa e indirecta; otros tienen seis o incluso más términos (Aikhenvald 2004, 1).

Sin embargo, en los años 2000 se produce un cambio en la línea de estudio que podemos calificar de radical. Kasper Boye y Peter Harder (2009, desarrollando trabajos anteriores, sobre todo la tesis de máster del primero, de 2002), proponen dejar de ver como elemento central de la evidencialidad su carácter de categoría gramatical. Según Boye, la categoría puede manifestarse en las lenguas de muchas formas, incluyendo elementos léxicos independientes que proporcionan información semejante sobre fuentes. Ve el desarrollo de marcas morfológicas como un proceso de gramaticalización, por el que elementos independientes pasan a convertirse en elementos ligados, morfológicos, por el intermedio de construcciones sintácticas especializadas. Ve la evidencialidad como una forma de modalidad epistémica, área en la que ha trabajado con profusión, a partir de su tesis doctoral, de 2010, dedicada al significado epistémico. En otros términos, se pasa a ver la evidencialidad como un fenómeno universal de carácter cognitivo, lo que podría explicar la rápida expansión de esta perspectiva en el marco de la lingüística cognitiva. Autores como Bert Cornille (2007) consideran la evidencialidad marcada morfológicamente como un extremo de un continuo, cuyo extremo opuesto es la presencia de elementos léxicos con significado epistémico (entre otros). Esta propuesta, que tiene antecedentes significativos en algunos modelos de lingüística tipológica, debería estudiarse con más detenimiento, aunque este no es el lugar para hacerlo.

Sin entrar en la discusión sobre el carácter y las consecuencias de la propuesta de Boye y Harder, en la que sí ha entrado, y en numerosas ocasiones, la misma Alexandra Aikhenvald, defendiendo la especificidad de la categoría como tal y su carácter gramatical y morfológico, aunque reconociendo al mismo tiempo que en la modalidad epistémica existen formas relativamente semejantes a algunos fenómenos de evidencialidad. Cabe añadir que la relación entre evidencialidad y modalidad epistémica es objeto de investigación y debate.

5.2. Evidencialidad y cultura

Pero lo más significativo para nosotros en estas páginas es que la aceptación de una categoría universal con formas gramaticalizadas o libres puede cerrar

el paso al estudio cultural de estas construcciones gramaticales. Si tomamos el léxico como punto básico para el estudio de la evidencialidad, estaremos en un estudio semántico léxico, pero no morfológico-gramatical. Por otro lado, si aceptamos que la evidencialidad no es cuestión de construcciones morfosintácticas, sino que es universal y todos los medios de expresión son equivalentes, difícilmente podremos buscar posibles bases culturales: no hay una cultura universal, aunque haya habido intentos por identificar «universales culturales». Estaríamos, no en lingüística cultural, sino en lingüística cognitiva estándar.

En cambio, si tomamos la evidencialidad tal y como se definió originalmente, el carácter concreto de las lenguas con evidencialidad gramatical sí que pide aventurarse en una explicación cultural: ¿por qué la lengua Y tiene evidencialidad, y de este tipo, y la lengua X, relativamente vecina, carece de ella? Naturalmente, podríamos llevar el análisis cultural a por qué ciertas lenguas han gramaticalizado la categoría universal y otras no. Pero si estudiamos el *World Atlas of Language Structures* (WALS Online), veremos que el capítulo 78A sobre «codificación de la evidencialidad» muestra una distribución geográfica intrigante: las Américas expresan la categoría con afijos verbales o partículas prácticamente en todas partes. En África, en cambio, la evidencialidad de cualquier tipo es prácticamente inexistente; en Europa apenas hay algunas lenguas con marca de evidencialidad en los tiempos verbales, y algunas con partículas y afijos. Pero en Europa hay once lenguas (casi todas no indoeuropeas) con marca de evidencialidad, mientras que en América son muy escasas las que carecen de ella; en Asia, la mayoría de las marcadas son lenguas túrcicas, emparentadas con turco, yukaghir, etc., mientras que en Australia y Polinesia la situación habitual es la ausencia de marcas explícitas.

De modo que este será el método que utilicemos: optar por lenguas con evidencialidad marcada de alguna forma que no sea exclusivamente léxica; conocer la lengua en algún grado, de modo que no tengamos que limitarnos a hacer reinterpretaciones de lo expuesto por expertos en la misma; conocer la cultura correspondiente o, en su defecto, contar con suficiente información científica sobre ella.

Por otra parte, no podemos olvidar un punto que ha sido puesto de relieve por algunos autores (Guentchéva 1990, 1996, Guentchéva y Landaburu (eds.) 2007; Brandt s.f.): la evidencialidad debe verse como un fenómeno de *enunciación*, no de simple existencia o no de una categoría, sea o no marcada. Es decir, es cuestión de uso de la lengua, una perspectiva a la que estamos dando un papel muy especial en estas páginas. La última parte de este capítulo mos-

trará la importancia de tener en cuenta el factor de la enunciación o el uso de la lengua, más allá de la existencia o no, de la obligatoriedad o la opcionalidad de la categoría marcada.

5.3. Algunos posibles fundamentos culturales de la evidencialidad

En Bernárdez (2017) se analiza la evidencialidad, tanto de uso obligatorio como opcional, con afijos verbales o partículas libres, en diversas lenguas, especialmente las siguientes: las partículas *lär* del sueco, *ku* del islandés y *glo* del afrikáans de Sudáfrica; las formas verbales obligatorias del cha'palaa de Ecuador y el navajo del SW de los EEUU; el uso evidencial del verbo alemán *sollen* como auxiliar. El estudio se realiza a partir de una búsqueda extensiva de textos de estas lenguas en los que aparece (o no, en las opcionales) la forma evidencial, además de las descripciones existentes en las gramáticas de esos idiomas.

En primer lugar, hay que señalar que el uso de *lär* y *ku* está en retroceso. El primero aparece sobre todo en literatura, aunque no en la más reciente, y no encontramos ejemplos en la prensa. Con *ku* sucede lo mismo, aunque es aún más infrecuente que *lär*; esta partícula del sueco, por otro lado, se ha definido siempre como «partícula modal», y su reconocimiento como marcador de evidencialidad es reciente. En cambio, *glo* aparece constantemente en la prensa, sobre todo en reportajes, noticias y artículos del ámbito judicial, pues se usa para marcar que lo expuesto no es sino una hipótesis y que el autor no es responsable del contenido, solo de su transmisión.

El caso es que estas tres partículas, aunque muchas veces veamos un claro matiz de marcador evidencial, suelen tener un uso más bien modal epistémico: el grado en el que conocemos algo, la fiabilidad o la confirmación de lo que contamos, y no son suficientes para indicar la fuente. Eso hace que encontremos, por ejemplo, en afrikáans, *glo* más una indicación de la fuente del conocimiento, si es que esta existe específicamente (Bernárdez 2017, 441). Además, *glo* (del neerlandés *gelooven*) es también un verbo, con el significado «creer», de modo que se puede decir *N.M. het geglo* 'N.M. creía' (p. 439); cuando se usa como partícula, *glo* no varía. El sueco *lär* procede de *lära* 'enseñar/aprender', mientras el islandés *ku* se ha alejado de su origen, que sería una forma átona especializada y gramaticalizada del verbo *kveðja* 'decir'.

En las otras lenguas (alemán aparte) encontramos evidencial obligatorio: el navajo *jini* (emparentado con el apache *ch'inii*, con el mismo uso) significa

«dijo» y, como señala Bernárdez (2017, 446): «el uso de *jini* ... apunta a la costumbre de marcar de modo constante y claro que lo expuesto se origina fuera del espacio del hablante o el narrador. Parece usarse sobre todo en la “estructura” de la historia y no tanto en el relato como tal» («the use of *jini* ... points to the habit of clearly and constantly marking the utterance as originating outside the space of the speaker/narrator. It seems to be mainly used in the «framework» of the story, not so much in the narrative as such»).

Lo habitual es que al principio del relato se especifique que es conocido «de oídas»: «Y entonces volvió a empezar *jini*» (se refiere a Coyote, y es la fórmula habitual de iniciar los relatos en los que es protagonista); «de pronto, un conejo saltó ante sus pies *jini*», pero tan pronto pasamos a relatar la historia en sí, ya marcada como conocida de forma no directa, *jini* es superfluo y no se usa hasta que hay un cambio de línea narrativa. El uso de este marcador de evidencialidad en cuanto apunta a una fuente externa como responsable del relato, es más complejo de lo que podríamos pensar, precisamente porque depende de la organización textual o discursiva.

El cha'palaa, hablado por la etnia chachi del NW de la R. del Ecuador, exige utilizar formas distintas del verbo según lo relatado sea producto de observación directa o se hable de oídas, repitiendo lo dicho por alguna otra persona; así, *jiyu* [hiyu] significa ‘yo fui’ y es evidente que indica algo percibido por el hablante de modo directo. Pero lo mismo sucede en *jive* ‘fue’: alguien se fue, y lo digo porque lo vi. Si no es así, se utiliza la forma *jimi* ‘fue’, que sé (sin plena seguridad, y sin responsabilizarme de la verdad del hecho) porque alguien me lo ha dicho, o por alguna otra vía. Hay por tanto una distinción conocimiento directo frente a conocimiento indirecto, que es un nivel bajo de evidencialidad obligatoria. Hay una tercera forma, *jihua* (pronunciado [hiwa]) que suele denominarse «pasado narrativo» y que se puede considerar neutra en evidencialidad: una vez sabemos que un relato se conoce de oídas, no es necesario ir especificándolo una y otra vez o, si queremos, podemos usar (en ciertas condiciones discursivamente establecidas) *-hua* [wa], que marca que algo es un conocimiento tradicional, o un equivalente de las formas sin *jini* en navajo.

Del quechua hablaremos enseguida, de momento vayamos a la hipótesis elaborada a partir del análisis que, con mucho más detalle, se presenta en el artículo citado.

Como base para el estudio cultural se apoya este artículo en observaciones de Aikhenvald, sobre todo su libro de 2004, para quien ser hablante de una lengua con evidencialidad obligatoria exige atenerse a una serie de convencio-

nes sociales, creencias, actitudes mentales y patrones de conducta (p. 361). Al referirse a las lenguas con complejos sistemas de evidenciales, como muchas de las amazónicas, indica que las convenciones son de tal complejidad, que «no es de extrañar que [esas lenguas] sean habladas por comunidades pequeñas» («No wonder that ... are spoken by small communities»).

En este punto incide también Trudgill (2015), así como en la (supuesta) historia de las lenguas, las diferencias de su nivel de complejidad y su número de hablantes, y la relación complejidad-antigüedad-pequeña población a la que hacemos referencia también en el capítulo sobre las lenguas polisintéticas.

En un ámbito mucho más específico, Lev (2015, 99) concluye que «los evidenciales, y especialmente los reportativos, es probable que surjan en sociedades en las que las prácticas comunicativas vienen producidas por actitudes dirigidas hacia una conducta comunicativa respetuosa ...» («evidentials, and quotative evidentials in particular, are likely to arise in societies in which communicative practices are informed by attitudes towards respectful conduct ...»). Y es que, a lo largo de su artículo, Lev (p. 99) señala que el uso del reportativo es una forma de no engañar al interlocutor sobre la fiabilidad de lo que se está relatando.

De modo que podemos decir que el uso de evidenciales implica el respeto hacia los demás, no haciéndoles creer que lo que decimos es algo que conocemos de primera mano, de forma directa.

Queda por señalar un detalle aparentemente secundario pero cuyo estudio puede resultar de interés. La forma castellana *dizque* se usa aún, por ejemplo, en español hablado del Ecuador para referirse a algo que conocemos de segunda mano, y los estudios existentes que conocemos mencionan siempre esa peculiaridad dialectal. No suele recordarse que, en el quechua ecuatoriano, donde se han simplificado los evidenciales quechuas, se ha incorporado *dizque* para marcar el reportativo. Y tampoco se suele mencionar el uso antiguo de esta partícula en el castellano de otras épocas. El ejemplo más antiguo recogido en el corpus de historia del español (*CORDE*) es de 1489. Parece que, como ha sucedido en islandés y casi en sueco, este marcador evidencial ha desaparecido, conservándose en una variedad de la lengua en contacto con el quechua, que sí marca obligatoriamente la evidencialidad, y que incluso lo ha aportado a esa misma lengua como una opción nueva.

A veces creemos saberlo casi todo sobre la evidencialidad, pero, como vemos, no parece ser el caso. Además, como han señalado algunos autores, condiciones culturales específicas pueden hacer que el evidencial «obligatorio» no se use. Por ejemplo, el chamán puede presentar como percepción directa lo

experimentado en el trance (Valenzuela 2001, 51), porque, para los miembros del grupo, el chamán estuvo realmente en ese «otro mundo» al que ellos no pueden tener acceso. En cantos navajos (los llamados *yeibichai*) no se usa *jini* aunque el texto sea en realidad un relato. Matthews (1887-1997) proporciona los textos de un buen número de cantos, en los que sistemáticamente se aprecia esa peculiaridad. Y es que van destinados a las divinidades, y con ellas rigen otras formas de comunicación y lenguaje que las válidas en el mundo humano. Como en las sociedades chamánicas, los planos de la realidad corresponden a distintas formas de lenguaje y, en consecuencia, de evidencialidad. Lazard (2001, 366) y Aikhenvald (2004, 344 y sigs.) hablan del uso especial, culturalmente establecido, de los evidenciales en sueños, sentimientos y relatos del mundo sobrenatural.

La conclusión es que, si intentamos ver estos marcadores en abstracto, sin contexto, sin cultura, sin tener en cuenta su papel en el texto, el discurso, la acción lingüística, las cosas pueden resultar engañosas. Y lo son.

5.4. Un posible modelo cultural de la evidencialidad

Podemos definir, siguiendo a Bernárdez (2017, 452 y sigs.), los factores principales que favorecen la creación o la continuidad (recordemos los casos de sueco e islandés) de marcas de evidencialidad:

1. En grupos pequeños y aislados es más probable el desarrollo de evidenciales;
2. Las dificultades a la hora de juzgar lo que sucede alrededor, por la complejidad del entorno (bosques o selvas densos, grandes desiertos, largos periodos de oscuridad por la latitud) o la dificultad de moverse en él, favorecen la marca evidencial;
3. Igualmente, la existencia de estrechas relaciones entre los miembros del grupo.

Para favorecer esto último, actúa una serie de factores:

1. Los miembros de la comunidad se conocen entre sí en mayor o menor grado;
2. Los miembros de la comunidad confían unos en otros, quizá con algunas excepciones;

3. Decir la verdad con sinceridad es un principio central de la conducta;
4. Cuando alguien, a la hora de comunicar algo, no puede decir que es cierto porque lo conoce de primera mano, debe marcar el grado de fiabilidad de su aserto; en otros términos, presentándose como no responsable de lo que afirma.

Para resumir lo esencial de la evidencialidad en estos (y otros) grupos: hay que garantizar la veracidad de los asertos, así como si lo es con responsabilidad directa o indirecta del hablante. Es, por tanto, una forma de garantizar la cohesión del grupo, y por ello mismo es posible actuar de otro modo cuando lo relatado ha sucedido en otro espacio distinto al humano cotidiano, o es algo de validez generalizada, por su carácter de «verdad tradicional» (= cultural) en el grupo.

Queda por decir que esta propuesta ha sido validada para una lengua geográficamente muy alejada de las que hemos considerado, el nganasan del norte de Siberia (Sipőcz y Szeverényi 2022), Los rasgos etnoculturales que hemos defendido en este capítulo se ven, al parecer, ratificados por uno de los centros internacionales más importantes en lenguas urálicas. El nganasan posee evidencialidad muy compleja (Gusev 2007): (1) directa, visual; (2) directa, no visual; (3) inferida; (4) reportativa (cfr. también Aikhenvald 2004, 47-50).

5.5. Evidencialidad, uso y ¿manipulación?

Sabemos que la evidencialidad no puede verse simplemente como una categoría gramatical, como una parte de las estructuras de la lengua, sino que es imprescindible tener en cuenta el uso, su utilización en el discurso, así como su encaje en la cultura. Un trabajo reciente de uno de los autores de este libro (Bernárdez 2020) muestra que, en quechua, con un sistema básicamente obligatorio de marcas de evidencialidad en tres niveles, es posible salirse de los usos estándar del mediativo. Tras una consideración detenida del quechua desde sus primeras huellas escritas hasta los usos literarios actuales, así como de los dialectos, se analizan dos traducciones contemporáneas de temática religiosa. Una, la de la Biblia por iglesias evangélicas de EEUU; la otra, el *Libro de Mormon* por la iglesia coloquialmente denominada *de los mormones*.

Los resultados son curiosos, cuanto menos, y apuntan a un posible intento de manipulación de la lengua quechua dirigida al adoctrinamiento religioso de los hablantes nativos. En la versión mormona no existen marcas de evidencia-

lidad. Un fenómeno semejante se ha señalado, también en este mismo capítulo, como una forma de presentar lo que se dice como imposible de refutar o dudar, como no perteneciente al espacio vital de los seres humanos sino a otro, el de las verdades transmitidas desde tiempo inmemorial, como algo que es así sin ningún asomo de duda.

En la versión evangélica se opta por otra estrategia: todo se presenta con el marcador evidencial *-mi*, que señala lo expresado como cierto, visto, conocido de primera mano. Naturalmente, se trata de violaciones del sistema de la lengua quechua, así como de los usos de base cultural de la evidencialidad. Y no se trata de casos esporádicos: la búsqueda en ocho capítulos del *Libro de Mormón* muestra 0 ocurrencias de cualquiera de los tres marcadores evidenciales; en la Biblia, versión evangélica, los seis libros estudiados del Nuevo Testamento muestran un promedio de 1,86 ocurrencias de *-mi* por capítulo, aunque en algunos se llega hasta casi 2, muy superiores a cualquier texto quechua habitual. En el antiguo testamento, la frecuencia es 1,95 ocurrencias de *-mi* por versículo, y hasta 3 en algunos pasajes.

Diríamos que esto «no es quechua», aunque la gramática y el léxico lo son, sin ningún género de duda. Lo que ha sucedido es que, conscientes del valor de los evidenciales quechuas, resultaba conveniente, para los fines de los traductores, presentarlo todo como absolutamente indudable: palabra de dios, diríamos. Y por primera vez en la historia del quechua escrito (que comienza a principios del siglo XVI), los evidenciales desaparecen. Tenemos un fenómeno de utilización de la lengua –y de los evidenciales– con finalidades nuevas, apartándose de lo habitual en la lengua. Un hablante nativo tendrá, probablemente, la sensación de que se encuentra ante dos libros de absoluta verdad atemporal, ante los que solo le queda bajar la cabeza y admirarlos y aceptarlos. Podría ser la definición de *manipulación lingüística*.